

Raúl Eduardo Irigoyen*



Parece que hace muchísimos años, antes de aparecer la Laguna de Pocho, en ese valle todo era oscuridad. Sus pobladores no tenían con qué alumbrarse durante las noches. Y si bajaban desde las sierras,

después de la puesta del sol, no podían encontrar las casas y se perdían en los montes. Todos eran tan parecidos que sólo podían viajar de día.

La princesa Panaholma, que quería mucho a sus indios, subió hasta lo más alto de Los Gigantes para poder hablar con la Luna. Allí, luego de contarle lo que les pasaba, le solicitó ayuda. La Luna, después de dar varias vueltas y pedir la opinión del sol, extendió sobre la Pampa de Pocho parte de su manto blanco. Este se transformó en una laguna, que siempre reflejaría su luz y la de las estrellas, para guiar a los indios. No contenta con esto, la Luna lanzó millones de piedritas, que al tocar esas nuevas aguas, volaron transformadas en unos bichos grandes, con dos linternas verdes en la cabeza. Desde entonces ellos, a quienes se los llama tucos, iluminan las noches en la Pampa de Pocho.

*Pertenece al libro “Los Cuentos del Tata, Tanninga”.
Valle de Traslasierra, Córdoba, Argentina.
Ilustración de José Miguel Heredia.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario